

## REPORTAJE A KURT BALDINGER

---

*Augusto Alcocer*

P.— Doctor Kurt Baldinger, ¿Cuál sería la función esencial de la lengua?

R.— La función esencial de la lengua es la comunicación. Mejor dicho existen dos funciones; pero la más importante es la comunicación entre los seres humanos y justamente la lengua es lo que distingue al hombre de los animales. Ciertamente estos últimos tienen capacidad de comunicación entre ellos, pero en un nivel bastante primitivo. El lenguaje humano como sistema de comunicación es más complicado. La segunda función del lenguaje es la posibilidad de expresarnos a nosotros mismos, es decir nuestros sentimientos, amor y nuestro desagrado. En 1917 se publicó un trabajo en Alemania que distinguía dos funciones en el lenguaje: la comunicativa y la expresiva.

P.— ¿La función comunicativa le permite a la lengua transferir significados?

R.— Claro, comunicación es siempre transmisión de un significado, y el significante (los sonidos) es únicamente necesario para transmitirlo. El significante resulta sólo un medio de transporte.

P.— ¿Cómo establece la Semántica sus métodos y principios frente a la Semiótica?

R.— La Semiótica es una ciencia más general, es la ciencia de todos los sistemas de comunicación. Entre todos ellos, el sistema lingüístico es el más complicado y poco explorado. El siglo XIX ha investigado el significante (aspecto acústico del lenguaje), el siglo XX tiene que explorar el significado, es su tarea más importante.

P.— El hombre de la calle se quedaría muy sorprendido si se enterara que los especialistas, los lingüistas, no han logrado definir la palabra; por lo menos no han ofrecido una definición de validez universal ¿Qué le diría el lingüista?

R.— Muchas veces nos servimos en la lengua de todos los días de palabras que no son, en general, términos científicos; entonces el vocablo "palabra" resulta muy ambiguo de la manera como de él nos servimos en el lenguaje de todos los días. Pero hoy la nueva Semántica define la palabra, según la jerarquía de ella, como una unidad autosémica mínima. Por supuesto, el hombre de la calle no la comprenderá; sin embargo, la Lingüística es una ciencia y quizá la gente tampoco comprenda los principios de la Ingeniería o de otras disciplinas científicas. De modo que este problema ya está resuelto.

En el Congreso de Lingüística de París de 1948 los especialistas no lograron definir la palabra porque no lograron distinguir entre elementos autosémicos y heterosémicos. El caso de la palabra "ojo de gallo" (callo en los dedos de los pies) se nota que "ojo" es palabra, "gallo" es también palabra y cada una de ellas es una unidad que tiene sentido y por eso son palabras; pero "ojo de gallo" es también palabra, a pesar de contener dos palabras porque en esta unidad mayor cada uno de los dos elementos no tiene sentido propio, sino el sentido está dado en el conjunto, en la combinación de las dos. Y esta combinación, no es la adición de los sentidos de "ojo" y de "gallo", sino es una tercera y nueva, esta tercera palabra es autosémica como compleja, no obstante ser sus elementos heterosémicos. Y con la diferenciación de autosémico y heterosémico podemos fácilmente definir la palabra.

Se ha dicho que una palabra es la que se encuentra entre dos pausas, lo que supone una referencia a la grafía. Pero la definición no resulta válida por que estos cortes de la grafía no corresponden a lo que son las palabras; de manera que si aplicáramos el criterio gráfico, “ojo de gallo” no sería palabra.

P.— ¿Cómo encararía un lexicógrafo la elaboración de un diccionario en las lenguas que no tienen tradición escrita, caso de las lenguas amazónicas, el quechua o el aimara, frente a la preparación de un diccionario en lenguas que tienen tradición escrita como sería el caso del castellano en el Perú?

R.— Hay que ver casos concretos y relacionarlos con la lengua sobrepuesta que ya tiene una tradición escrita bien establecida y una gramática estudiada. Primero debemos analizar la lengua ágrafa para conocer su estructura y destacar sus unidades, sin estos pasos previos no podemos pasar a una formulación escrita. La formulación escrita se establece de dos maneras: para los científicos la presentación será fonética; pero sólo para uso exclusivo del lingüista porque el lego o el pueblo no puede leer las transcripciones fonéticas. Al lado de éstas el alfabeto más corriente hay que establecerlo en relación con el del español que en este caso es la lengua nacional del Perú. Aunque no he trabajado con las lenguas indígenas peruanas es posible que éstas tengan sonidos que no existan en español; pero si son simples variantes, sin valor fonológico no tienen importancia; mas si hay diferencias fonológicas dentro de la lengua, si son distintivas debemos tener dos grafemas para marcar la oposición porque la escritura tiene que ser fonológica. Y si no hay un grafema en español hay que adaptar uno o buscarlo de alguna manera o combinarlo como lo hace el TH inglés para marcar un sonido que no existe por ejemplo en alemán o francés.

P.— ¿De qué medios analíticos se vale la lexicografía para establecer que una palabra tiene sentido más general y en consecuencia colocarla en el primer lugar en la estructuración de un artículo de diccionario?

R.— Es un problema donde concurren dos principios: uno, etimológico o diacrónico que pone en primer lugar un sentido del cual derivan los otros sentidos, incluso si el primer sentido no es el más frecuente. Esto resulta peligroso como se nota en el *Dictionnaire General* de fines del siglo pasado que tiene en primer lugar muchos sentidos que ya no existen, que pertenecen al antiguo francés. De modo que el mencionado diccionario no refleja el uso actual, sincrónico. Por eso hay que presentar los sentidos según la meta o el interés del diccionario; si es histórico, que muestra la evolución de la lengua, entonces hay que empezar con el primer sentido que se ha heredado; si el diccionario es sincrónico tiene que encontrar otra organización del significado y eso con la ayuda de la conciencia metalingüística de los hablantes. En el caso de “cabeza”, si pregunto qué significa, me dirán que es una parte del cuerpo, que es el primer sentido y no “cabeza” en otro sentido. Hasta ahora no hay criterios objetivos para establecer el primer lugar, sólo prima la conciencia metalingüística del hablante o usuario.

P. — ¿Podría darse el caso de presentar un diccionario con criterios onomasiológicos y semasiológicos a la vez?

R. — Juntos no. Son diferentes, serían dos diccionarios distintos. Se excluyen literalmente porque tienen otra base, otra meta y contestan a preguntas diferentes. Los dos son necesarios; pero no se pueden unir en un solo diccionario. Robert ha tratado de hacerlo llamando a su diccionario *Dictionnaire Alphabetique et Analogique*. Y en consecuencia en cada artículo presenta los sinónimos, o sea un punto de vista onomasiológico; pero resulta muy poco económico porque repite en cada una de las palabras o entradas del diccionario las otras cien. Digamos cien palabras para “cabeza”, si se ordenara alfabéticamente este material, se tendría que repetir debajo de cada una de ellas los cien sinónimos. Se ve esta tarea como imposible e inaplicable técnicamente hablando. Además están reunidos los microcampos onomasiológicos; pero no hay macroestructura, que falta por completo porque la macroestructura es alfabética y no onomasiológica. Es imposible, repito, reunir los dos principios en uno solo. No hay que olvidar que el signo lingüístico es bipolar, tiene dos lados.

P. — El *Pequeño Larousse* o *Petit Larousse* tiene pretensiones lingüísticas en su primera parte, pero en su segunda parte es más bien enciclopédico ¿Qué podría agregar, doctor Baldinger?

R. — Sí, la segunda parte da nombres geográficos. El *Pequeño Larousse* no es lingüístico ni enciclopédico, en realidad hay una mezcla de los principios en todo ese diccionario. No quiere únicamente informar sobre la lengua, sino también sobre los conocimientos enciclopédicos básicos.

Un diccionario enciclopédico se distingue de un diccionario de lengua en que no sólo define las palabras como miembros del sistema opositivo de la lengua sino que da informaciones suplementarias que no conciernen a las oposiciones mismas, a la estructura de la lengua. La enciclopedia propone conocimientos que conciernen al mundo y poco se preocupa de la lengua. A mi modo de ver, cuando redacto el *Diccionario del Antiguo Francés* pienso en la lengua francesa en todo momento; pero agrego también en lo posible conocimientos enciclopédicos acompañándolos con ejemplos. Digamos, una función como “Concejero municipal” yo doy ejemplos para este sentido y bastaría para un diccionario de lengua decir: “Concejero municipal es un funcionario de la entidad administrativa en el rango jerárquico entre tal superior y tal inferior”, y con esto bastaría. Pero agrego información enciclopédica con ejemplos que señalan las obligaciones de oficio que tienen los concejeros como miembros del Concejo municipal, estos datos son interesantes para los lectores que consultan un diccionario del Antiguo francés.

P. — La línea de lenguaje en los diferentes ciclos y grados de nuestra escuela, colegio y aún en la universidad propone a través de programas o sílabos indicaciones expresas y puntuales acerca de la Fonología (fonemas, vocales, consonantes, etc.); señala directivas claras sobre la Gramática (la oración, sujeto, predicado, complementos, en fin); inclusive hay normas para la Ortografía; pero no se observan indicaciones con relación a la Semántica.

¿Cómo se explicaría la falta?

R. — Esta situación refleja el estado de la ciencia; ya lo dije antes, la Semántica es un dominio en evolución. Aunque creo que hay elementos básicos que se podrían aprovechar; claro que no tendría sentido enseñar a los niños el Trapecio de Heger; pero se podrían exponer ciertos conocimientos elementales como el carácter del signo lingüístico que tiene dos lados: Uno del contenido (Significado) y otro de la expresión (Significante). El lado del contenido es muy complejo y debiera decirse que el lenguaje organiza el mundo que no está organizado; estas nociones sí serían provechosas.

P.— ¿En que nivel educativo?

R.— En un nivel bastante alto como el Liceo Superior (ESEP), cuando los alumnos poseen ya conocimientos básicos en su formación general.

P.— ¿Sus afirmaciones implicarían incluir la asignatura de Semántica dentro del Plan de Estudios de las instituciones que preparan profesores de lenguaje?

R.— Efectivamente, yo no veo cómo se puede hacer Lingüística dejando de lado la Semántica, pues el significado es uno de los lados del lenguaje, incluso el más importante. Leonard Bloomfield ha tratado de dejarlo de lado; pero él tuvo derecho a renunciar a todo. El formalismo lingüístico americano veía sólo el lenguaje como significante (Material sonoro del lenguaje).

P.— ¿Qué aplicación podrían tener la Semántica y la Lexicología en la Escuela?

R.— Siempre hay que esperar que la teoría se asiente, que sea asegurada; sería un error, incluso en Alemania, si se tratara de introducir nuevas nociones en las escuelas antes de que las ideas lingüísticas hayan madurado. Primero porque no se pueden alterar los libros de texto si no están aseguradas las teorías; además, no se pueden cambiar cada año los textos escolares, de otro modo resultaría antieconómico. Lo que podría tomar en cuenta la Escuela es la Fonología que actualmente es una disciplina bien establecida y que en sus principios básicos no promueve discusión entre los lingüistas.

Pero aplicar el Transformacionalismo de Chomsky, pongamos un caso, resultaría demasiado rápido y costoso porque se trata de una disciplina en evolución, de modo que hay que esperar. El año de 1971, por encargo de la UNESCO viajé a Indonesia para examinar la situación de las universidades y me tropecé al norte de Sumatra con un profesor de Liceo que enseñaba allá a Chomsky, estado 1965, y después no había absolutamente nada y eso constituía su biblia, que por supuesto estaba fuera de la evolución y agravada con la situación de pobreza de aquel país.

FUENTE: "La Prensa" de Lima (03/03/81).